

Reseñas

LUZ GABRIELA ARANGO, MAGDALENA LEÓN Y MARA VIVEROS (comps.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Santa Fe de Bogotá, Tercer Mundo editores/Ediciones Uniandes/Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1995, 299 pp.

Esta obra contiene una compilación de textos producidos a partir de la convocatoria efectuada mediante dos foros distintos (el proyecto “La mujer en la gerencia en América Latina” y el “Seminario de análisis y reflexión sobre los estudios de género”, Colombia, 1989-1993), cuyos participantes apelaron a sus respectivas disciplinas para presentar algunas reflexiones acerca de la identidad de género desde tres perspectivas complementarias: la subjetividad y las formas individuales de adquisición de dicha identidad, las condiciones sociales e históricas que definen y transforman las identidades sociales de género, y las representaciones sociales, ideológicas y culturales empleadas para intentar dar sentido a la diferenciación sexual.

Este libro pretende inscribirse dentro del contexto posestructuralista que en tomo al sujeto, a la identidad y a la subjetividad han desarrollado diversos autores hacia este fin de siglo. “¿Identidad o *identidades*?”, es la pregunta que acompaña el recorrido a través de los doce artículos aglutinados en algo que resulta más un *collage* que una compilación, pues no obstante estar precedidos por una acertada introducción que resume cada uno de los ensayos, éstos carecen de un eje temático que justifique su inclusión en el volumen por cuanto sus autores siguen sus propias convicciones teóricas y hasta ideológicas, prefigurándose con ello una colección de doce monólogos cuyas resonancias permanecen distantes entre sí.

La primera parte se inicia con el artículo de Gabriela Castellanos (“¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura”), cuyo fundamento es su propia síntesis de las aportaciones de Alcoff,¹ quien en su afán de definir a la Mujer, expone las bondades y limitaciones del feminismo “cultural” y del posestructuralismo.

¹ Linda Alcoff, “Cultural Feminism versus Post-Structuralism: Identity Crisis in Feminist Theory”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, Universidad de Chicago, 1988, vol. 13, núm. 3, pp. 405-436.

Por medio de un escurto recorrido por algunos planteamientos enfocados hacia la definición de la mujer con base en dicotomías estructuralistas, Castellanos se aproxima al concepto cultural de “mujer” apoyándose en las críticas a Saussure y en algunas nociones provenientes de los trabajos de Voloshinov y de Bajtin. De ese modo, la autora reconoce que “la conciencia de ser mujer es relativa a contextos socioculturales y políticos específicos” (p. 57) donde no cabe pensar en el signo “mujer” como preexistente a las mujeres reales, sino como resultado de un diálogo (entre hombres y mujeres, y entre mujeres) pleno de significaciones tan variables como los propios sujetos y las etapas (históricas) en que las utilizan.

Por otro lado, Marta Lamas (“Cuerpo e identidad”), mediante su revisión de diversos conceptos de la teoría psicoanalítica, destaca algunos elementos psicológicos y sociales que contribuyen a configurar la identidad humana. Según esta teoría, los procesos de identificación mediante los cuales mujeres y hombres se reconocen como tales, paradójicamente ocurren gracias a la *diferencia* sexual anatómica que, toda vez simbolizada, deviene *género*, y que es fundante de la identidad sexual. La autora conceptúa la sexualidad como una elaboración psíquica y sociocultural en la que el cuerpo y las legislaciones en torno a él —entendidas como prohibiciones— adquieren la mayor importancia. Mediante una exigua y parcial revisión del enmarañado y espinoso tema de las “elecciones de objeto”, Lamas describe algunas de las vicisitudes que deben enfrentar tanto hombres como mujeres con miras a la construcción (psíquica y social) de la femineidad y de la masculinidad al adoptar una posición respecto a sus propios deseos. Es así como el psicoanálisis, apoyando la inexistencia de una masculinidad o una femineidad innatas, ha cuestionado la noción de “complementariedad” asumida desde la lógica de la perspectiva de género, señalando también la inoperancia e inconsistencia de ésta al intentar definir las identidades en función de una fenomenología social que ignora o niega las determinaciones subjetivas del deseo [por cuanto deseo inconsciente].

Quizás el artículo que aborda con mayor detenimiento las aportaciones psicoanalíticas involucradas en la construcción de la identidad de género sea el de Luis Santos Velásquez (“Deseo, ley e identidad: una mirada psicoanalítica sobre las diferencias de género”). Para complicación del lector escasamente familiarizado con el psicoanálisis, este ensayo contiene una mezcla poco afortunada de tres posibles interpretaciones del texto freudiano (que, por cierto, se han convertido ya en lugar común): médico-biologista, desarrollista y estructuralista. Lo desafortunado radica no tanto en la puesta en juego de esas tres diferentes “lecturas”² —que conllevan distintas posiciones éticas y políticas, y no sólo epistemológicas— sino más bien en el resultado ecléctico y sincretista que ofrece. Bajo esta luz, el autor expone una serie de términos comunes a la teoría

² Cf. Néstor Alberto Braunstein, “Las lecturas de Freud”, texto de la conferencia pronunciada en el III Congreso Colombiano de Psicología Clínica, Manizales, Colombia, 16 de agosto, 1987.

psicoanalítica (“necesidad”, “placer”, “pulsión”, “deseo”, “castración”, etc.) mediante los cuales intenta fundamentar la interpretación que el psicoanálisis hace de la identidad.

En otra vertiente, Javier Sáenz Obregón (“Lo femenino y lo masculino en la psicología de Cari Gustav Jung”) presenta una apretada síntesis del psicoanálisis junguiano, especificando las distancias que guarda respecto de algunos conceptos freudianos, tales como: libido, símbolo, inconsciente, análisis de sueños, femineidad y masculinidad, y lo que el autor llama “lógica analítica” (p. 105). Al final, Sáenz sintetiza algunas implicaciones de la teoría junguiana en los procesos de democratización de las relaciones de género y de la sociedad latinoamericana actual.

Otro de los varones que escriben en esta compilación es Michael Kaufman (“Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”), quien explora la relación entre el poder —entendido básicamente como experiencia de dominación y control— y sus consecuencias psicosociales dentro de las sociedades patriarcales, en las que conceptos como masculinidad y poder han llegado a confundirse y hasta a homologarse. El autor propone la noción de un “trabajo de género” en contrapartida de conceptos preestablecidos, así como juzgar la realidad impuesta por el patriarcado desde una “política de compasión” que más allá de disculpar a los varones promueva la asunción de su responsabilidad social e individual con vistas a una nueva actitud.

En la segunda parte, Mara Viveros (“Saberes y dolores secretos. Mujeres, salud e identidad”) reflexiona acerca de la relación que históricamente ha tenido la mujer con las prácticas y los saberes terapéuticos, destacando su papel como fuente de identidad de género. Luego de un recorrido histórico desde el Renacimiento hasta nuestros días, la autora aborda las críticas del feminismo contemporáneo a la excesiva intervención médica en la vida de la mujer, como una traducción de la controversia suscitada en la definición de una identidad femenina.

Magdalena León (“Origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina”) critica tanto el “tipo ideal de familia” como la teoría de los roles sexuales propuestos por el funcionalismo parsoniano, desde las aportaciones que a partir de los años setenta viene haciendo la perspectiva de género. Afirma que es en la familia donde se crean, reproducen y mantienen las jerarquías de género mediante la interacción de sus miembros, la división sexual del trabajo y la regulación de la sexualidad. Por tanto, no existen sociedades homogéneas productoras de identidades hegemónicas, sino sistemas de relaciones de poder en tensión continua, a partir de los cuales se construye la identidad (mezclada con diversos factores y variables).

Abordando un tema polémico, Nora Segura (“Prostitución, género y violencia”) define la prostitución como una identidad femenina tradicional, alterna a la de la maternidad y ligada con un complejo de violencia-poder en el que, más allá de un asunto de moral privada o de salud pública, lo que está en juego es la ética de la sociedad que permite y fomenta el proxenetismo o la explotación de sectores sociales vulnerables (tolerándolos como “mal necesario”). La autora concluye con un examen de la situación de algunas mujeres —y, en menor escala, de algunos niños y jóvenes— de la zona central de la ciudad de

Bogotá que ejercen la prostitución y que se han organizado para vivir en condiciones más dignas.

En la línea laboral, Luz Gabriela Arango (“identidad femenina, identidad obrera: la proletarización de la mujer en Francia en el siglo XIX”) describe las vicisitudes de la “identidad obrera”, particularmente en lo que concierne a las mujeres que intentaron suscribirse al proceso de industrialización capitalista acontecido en Europa a lo largo del siglo XIX. Considerando semejanzas y diferencias entre los movimientos obreros europeo y latinoamericano, la autora finaliza su ensayo con reflexiones sobre la identidad de la mujer en Latinoamérica hacia el fin del milenio.

La tercera y última parte es abierta por Norma Fuller (“En torno a la polaridad marianismo-machismo”), quien examina el caso del “marianismo”—término acuñado por Evelyn Stevens (1977) para designar el culto a la superioridad espiritual de la mujer— como antítesis complementaria del machismo. Esta relación, heredada de las sociedades mediterráneas, planteó un modelo tradicional para lo masculino (confinado a la esfera pública y al ejercicio del poder) y lo femenino (asociado al ámbito doméstico y a la maternidad). Empleando el concepto de jerarquía desarrollado por Dumont (1965), la autora propone analizar las inconsistencias del complejo marianismo-machismo a partir de la racionalidad holista, argumentando que debe ser matizado e interpretado según circunstancias específicas (a veces lo femenino representa la esfera pública y lo masculino expresa abnegación y sacrificio). Esto se ejemplifica con el caso de la sociedad peruana, donde coexisten tres tradiciones culturales contextualmente distintas.

Sonia Montecino (“Identidades de género en América Latina: mestizajes, sacrificios y simultaneidades”) parte de la tesis de que, en nuestras culturas, la identidad de género se produce en el cruce de variables múltiples y simultáneas (edad, etnia, clase, cultura, tiempo y espacio singulares) con una “memoria cultural” (p. 273) que asocia lo femenino con la madre (sacrificada/sagrada) y lo masculino con el padre ausente o con el hijo, por lo que constituye una “experiencia ontológica” (p. 266) que se transmite por vía generacional y que se articula mediante experiencias compartidas por una colectividad. Esa vía la lleva al descubrimiento de un fuerte vínculo entre la construcción del sí mismo femenino y la esfera de la religiosidad, donde predomina lo “femenino-sagrado”.

La compilación termina con una estimulante propuesta exploratoria de Sonia Muñoz, quien aborda la relación entre las mujeres identificadas como perteneciendo a sectores sociales populares, provenientes de distintas etnias y culturas locales, y los medios masivos de comunicación como instrumentos de socialización comunes en las sociedades de este fin de milenio. Tal encuentro provee el caldo de cultivo propicio para que se gesticone una nueva identidad urbana en donde los sectores populares aprenden a *ser ciudadanos* en tanto enseñan a la ciudad un modo singular de *ser popular*, moldeándose recíprocamente bajo la influencia—hasta ahora imponderable—de los medios masivos. Mediante un estudio de caso efectuado en la ciudad de Cali, la autora intenta mostrar el sentido de identificación que tiene para las mujeres populares “la dramatización de un aspecto de su subjetividad” (p. 290), específicamente a través de la telenovela como paradigma de penetración de los medios.

Al llegar al final de la obra, uno querría encontrarse con un capítulo de conclusiones globales que sintetizara las propuestas transcritas a lo largo de los diferentes ensayos y que aclarase cuál es, con exactitud, el eje temático que sostiene el armazón del libro. De hecho, aun dentro de las tres partes que lo integran no resulta del todo justificable el título que lleva cada una de éstas (la primera: "Perspectivas feministas y psicoanalíticas sobre la identidad"; la segunda: "Identidades de género y procesos sociales"; y la tercera: "Sujetos sexuados, modernidad y cultura en América Latina"). No obstante que las compiladoras podrían aducir que su introducción ("Estudios de género e identidad: desplazamientos teóricos") es ya una síntesis de lo que se leerá después, lo cierto es que la disparidad entre las perspectivas teóricas de cada uno de los autores —al menos doce— conducen por vertientes asintóticas, en el mejor de los casos, o bien, paralelas, en el peor de éstos. Existe, pues, un vacío, pero no hacia el exterior de la obra, esto es, no como denuncia de *lo que falta por decirse* respecto al tema, sino hacia el interior mismo, como carencia de cohesión conceptual en cuanto a los ensayos; un hueco del lado de *lo que no se pudo o no se quiso decir*.

En el lado opuesto, algo de lo más rescatable del libro es que contiene fragmentos incitantes y, en sí mismos, polémicos, que no logran sino empujar al lector a releer esos párrafos (y los ensayos de los que proceden) así como las fuentes mismas de las que los respectivos autores *dicen* que extrajeron las aportaciones teóricas que enmarcan sus artículos.

Tal es el caso de lo referido por Gabriela Castellanos, al argumentar (p. 52) que es debido a que la niña no tiene pene y, por lo tanto, a que no experimenta angustia de castración, que accede al orden simbólico pero sólo "de manera muy imperfecta" —a diferencia del varón— (*Ibid.*). En verdad dan ganas de encontrar el párrafo en que Lacan (o años antes Freud) escribió lo que esta autora refiere. Si Lacan habló de la mujer en sus relaciones con el orden simbólico fue para denunciar que ésta se encuentra *no-toda* incluida en dicho orden (que es el del lenguaje —siempre fálico—), y que es por no tener un significante que la represente del todo (y no porque le falte algo en su anatomía) que puede llegar a posicionarse —junto con los místicos— más allá del lenguaje, creando su propio modo de entender y de gozar *su* sexualidad. Esto a diferencia del varón, quien se encuentra restringido por su posicionamiento fálico, lo que no le otorga ventaja alguna respecto a la mujer; muy al contrario, el varón sólo podrá *serlo* si se identifica con las insignias fálicas transmitidas por la función del padre. En cambio, las mujeres pueden identificarse tanto con el goce fálico (a través del deseo de la Madre) como con ese excedente del lenguaje que Lacan sitúa del lado de la experiencia mística, llamado "goce femenino", y que toma por modelo a la Madre (con mayúscula).

Otra sección que reanima ese "retorno a Freud" reivindicado por Lacan, corresponde al ensayo de Marta Lamas, quien, aceptando el riesgo que implica entrar en los laberintos del tema de la elección de objeto y del posicionamiento subjetivo en psicoanálisis, se ocupa de dos posibles identidades sexuales: la homosexual y la heterosexual. Sin embargo, parece olvidar que hace ya casi un siglo Freud describió minuciosamente los distintos tipos de elección de objeto

—no únicamente el homosexual y el heterosexual— (definidos como perversos desde el punto de vista clínico), lo cual, si bien no era necesario que la autora tratase a profundidad en este ensayo, sí era indispensable que lo hubiera considerado para re-pensar el artículo. De haberlo hecho, surgirían preguntas como: ¿Qué clase de “identidad genérica”, pero sobre todo “sexual” —conforme a la definición que enuncia la propia autora (p. 63)— se establecería en las personas que, según la clínica psicoanalítica lacaniana (aludida por la autora), quedarán posicionadas subjetivamente como perversas (fetichistas, voyeuristas-exhibicionistas, sádico-masoquistas, etc.)? Más aún: en una definición de “identidad sexual” como la que propone Lamas, ¿quedaría lugar para las personas posicionadas dentro de una estructura psicótica?

En cuanto al artículo quizás más polémico en el sentido de la perspectiva psicoanalítica que pretende manejar, el de Luis Santos, no dejan de sorprender y de extrañar varias de sus afirmaciones. Acaso la más escandalosa sea aquella que aduce que la sexualidad es un proceso que “se puede definir en términos de búsqueda de placer” (p. 86). Asociar sexualidad con placer —y tendríamos que preguntar al autor qué entiende por “placer”— no es algo que pueda sustentarse con elementos teóricos ni mucho menos clínicos desde una disciplina que precisamente ha venido a demostrar que existe un *más allá del (principio de) placer*, subvirtiendo la idea de que la condición humana “normal” es la tendencia al equilibrio (homeostático), equivalente al “orden” (individual y social), y que implica la pacificación de los “instintos”. Por el contrario, el psicoanálisis descubre y luego demuestra que la única condición humana es la *insatisfacción* permanente, en sus diferentes modalidades: frustración, compulsión de re-petición, masoquismo primitivo, *goce*.³ Pero es gracias a que la pulsión falla en sus intentos de satisfacción, que se relanza el deseo una y otra vez; es por eso que estamos vivos y que *deseamos* (por cuanto sujetos del inconsciente) seguir viviendo así, obteniendo pequeñas pseudosatisfacciones tales como las que nos brinda el engaño amoroso con su correlato, el placer —pero sólo en tanto límite del goce— (pues la única pulsión que sí encuentra satisfacción es la de muerte, según nos lo ha recordado Lacan).

Otra sorpresa es el hallazgo de que en una publicación sobre género e identidad se admita y/o se apoye la tesis de que mujeres y hombres tenemos “psicológicamente una imagen del sexo *complementario*” (p. 112),⁴ tal como sustenta Jung. Aducir que todo ser humano hereda una imagen arquetípica inconsciente (“innata” [*Ibid.*]) de lo femenino o de lo masculino —gracias a la cual se adquiere una identidad, y que se transmite hereditariamente—, implica la existencia, *a priori*, de un patrón de identidad sexual y de género, noción radicalmente opuesta a la de los estudios de género (cuya tesis es la *construcción*, no el innatismo). Los problemas epistémicos que esto conlleva son patentes.

³ Cf. Jacques Lacan, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en J. Lacan, *Escritos II*, México, Siglo XXI, 10ª edición, 1984, p. 800 y ss.

⁴ Cursivas mías.

De forma análoga, cuando Michael Kaufman refiere —desde su condición de varón— “nuestra necesidad de cuidar y nutrir” (p. 132), implicando a todos los demás varones, surgen dudas acerca de las fuentes (¿acaso etológicas?) de las que ese autor extrae o infiere tales “necesidades”, que se antojan, por cierto, muy poco observables en el reino animal.

Así podríamos seguir con cada uno de los ensayos, evaluándolos críticamente, pero esto únicamente tendría sentido si consiguiésemos finalmente hallar una urdimbre, si no conceptual al menos coherente al interior del propio volumen, que fungiera a modo de núcleo central del tema en torno del que se reunieron estos artículos. Desafortunadamente no la encontraríamos con facilidad, quizá porque no existe.

Con todo, a pesar de sus equívocos y carencias, este libro tiene el mérito de replantear la problemática de la identidad en sus relaciones con los estudios de género, así como de relanzar al especialista hacia los textos originales referidos como fuentes, destacándose como un aliciente para el lector interesado en conocer algo representativo de lo que en torno de aquellos temas se está produciendo actualmente en América Latina.

ANSBERTO HORACIO CONTRERAS COLÍN

